

Una cita que cumplirás

Joel Beeke

Querido lector:

Es muy posible que tú y yo no nos conocemos y que nunca nos conoceremos. No obstante, quiero escribirte una carta personal.

Te escribo porque tenemos más en común de lo que piensas. Aunque nunca nos encontremos en este mundo, un día nos veremos porque *ambos tenemos un alma que nunca muere*. Con esta alma, ambos habremos de comparecer ante Dios, tu Creador y el mío, en aquel gran día del juicio. “*Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*” (Hebreos 9:27).

Puedes hacer todo lo que está a tu alcance para no *pensar* en la muerte, pero no puedes escapar de la *realidad* de que tienes que morir. *Sabes* bien que *tienes* que morir y, por si no lo sabías, tienes que enfrentar a Dios. Quizá no quieres pensar en la muerte porque sabes también que a la muerte le sigue un juicio tan seguro como que la noche sigue al día. Hablando muy en serio, no existe una pregunta más importante que ésta: *¿Qué te va a pasar cuando mueras?*

La Biblia, tu conciencia y tu sentido común te declaran que hay una eternidad que tienes que enfrentar. Por lo tanto, por tu propio bien, no evadas esta pregunta: *¿Estoy preparado para morir y enfrentarme con Dios en su papel de Juez?*

Lamento tener que decir que, en la actualidad, hay millones que creen que están preparados para encontrarse con Dios, pero lamentablemente, terminarán en el infierno después del gran día del Juicio. Dice la Biblia: “**Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad**” (Mateo 7:22-23).

¿Has considerado alguna vez, qué despertar terrible será para aquellos que siguen su peregrinaje por esta vida, creyendo que todo está bien, oír aquel día al comparecer ante el Dios Altísimo: “*Nunca os conocí*”? Las palabras no bastan para describir la angustia del alma cuando escuche la sentencia: “*Apartaos de mí, hacedores de maldad*”. ¿Estaremos tú y yo entre aquellos “*muchos*” decepcionados de los que Cristo habla en *Mateo 7*?

Querido lector, por favor dame cinco minutos para tratar de mostrarte quiénes terminarán en el infierno y quiénes en el cielo.

El camino ancho que lleva a la destrucción

Primero, tengo que decirte sinceramente, que la Biblia nos informa en Mateo 7, que la gran mayoría de la gente tendrá como destino eterno el infierno. *“Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”*. Quizá esto te parezca cruel, pero esta triste realidad es cierta, no porque Dios sea cruel, sino porque nosotros somos crueles con nosotros mismos. Intencionadamente, desafiamos a nuestro Creador y despreciamos su amor cuando pisoteamos sus mandamientos que nos fueron dados para nuestro auténtico bien. Por tal rebelión y maldad, *todos nos hemos ganado la muerte y el infierno*. Estas son las únicas dos cosas que realmente merecemos. *“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23)*, y *“la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23)*.

¿Qué clases de personas están incluidas en esta multitud inmensa que va rumbo al infierno?

1. Toda la gente impía terminará en el infierno. Esto incluye a los que viven vidas pecaminosas abiertamente, haciendo cosas como:

- Pasar su tiempo en las tabernas y gastar su dinero en bebidas y drogas
- Tener relaciones sexuales ilícitas
- Hacer en domingo todo lo que hace cualquier otro día de la semana
- Mirar diariamente las manifestaciones gráficas del pecado en una pantalla de televisión
- Maldecir abiertamente a Dios usando su nombre en vano
- Vivir una vida de rebelión contra sus progenitores y las autoridades dadas por Dios-

Tales personas impías terminarán en el infierno, a menos que se arrepientan y se conviertan a Cristo por obra del poder omnipotente de la gracia de Dios. ¿Te encuentras tú en este grupo? De ser así, ¡te insto a que te arrepientas de tus pecados, los confieses y confíes en la gracia que perdona y transforma, antes de que sea demasiado tarde para buscar al Señor!

2. Toda la gente mundana terminará en el infierno. Terminarán en el infierno aquellos que se abstienen de pecados graves, pero cuyas vidas están entrelazadas con el mundo, que no sienten ninguna carga cuando continuamente hacen cosas como:

- Poner al yo por sobre y antes que a Dios
- Estimar la posesión de riquezas mundanas, más que las riquezas de la gracia de Dios
- Promover los deseos de otros por encima de la voluntad de Dios revelada en su Palabra
- Valorar las necesidades del diario vivir por encima de la necesidad de un Salvador para sus almas inmortales
- Considerar los resultados del pecado como más trágicos que ofender y pecar contra su santo Creador que los colma de bendiciones
- Creer que es más importante lo que piensan de ellos sus vecinos y amigos que lo que Dios piensa de ellos

Estos terminarán en el infierno, a menos que se arrepientan y conviertan por obra del poder omnipotente de la gracia de Dios. ¿Te encuentras tú en este grupo?

De ser así, tengo que decirte que el cielo mismo no te daría felicidad, si acaso llegaras allí, porque el Señor del cielo no es tu amigo, lo que le agrada a Él no te agrada a ti; lo que le desagradaba a Él no te preocupa en lo más mínimo. Su Palabra no es tu consejero; su Día [de descanso] no es tu delicia, su Ley no es tu guía. No te interesa oír de Él, mucho menos aún, hablar de Él. Estar eternamente en su compañía es algo que no soportarías, la compañía de los santos y de los ángeles te aburriría. En lo que se refiere a tu vida práctica, poco o nada significa la Biblia. Mucho menos te importa Cristo y, consecuentemente, la salvación es algo inútil. *“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo...No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Efesios 5:14; Mateo 6:24).*

3. Mucha gente religiosa terminará en el infierno. Es posible estar camino al infierno aunque asistamos fielmente a los cultos, seamos maestros de escuela dominical y, aun, pastores. La religión puede ser nuestro tema favorito, nuestra conversación puede tratarse de Dios y Cristo, y nuestro andar exterior en la vida puede ser intachable; todo sin que nuestra alma sea salva de la destrucción.

Podemos ser tan religiosos como las cinco vírgenes falsas en Mateo 25, poseyendo la misma confesión, la misma expectativa, las mismas lámparas y el mismo aspecto exterior como las cinco vírgenes falsas y, aun así, perecer. Podemos ser tan religiosos como Acab de quien las Escrituras dicen: *“...rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre su carne, ayunó, y durmió en cilicio, y anduvo humillado” (1 Reyes 21:27)* y, aun así, ser inconversos.

Es posible sentir convicciones comunes de pecados e impresiones de Dios y sus atributos santos –aun si reconocemos el pecado y nos humillamos un poco, aun si lloramos y oramos debido a él, teniendo miedo de volver a pecar– y todavía así, no poder entrar al reino de los cielos. Piensa en Caín, Saúl y Judas.

Necesitamos más que una religión a medias y asistir a la iglesia. Necesitamos la obra irresistible y regeneradora del Espíritu Santo, a fin de **nacer de nuevo y ser convertido** (Juan 3). Sólo entonces, amaremos a Dios con todo nuestro ser –el ingrediente clave que falta en los ejemplos anteriores– y ansiar a Dios como el sediento ansía el agua fría. Sólo entonces, por la gracia de Dios, podremos estar preparados para encontrarnos con el Señor. *“Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas” (Lucas 11:35).*

¿Cómo puedo saber si estoy incluido entre los que están en el camino al cielo?

El camino angosto a la vida eterna

Todos los que lleguen al cielo confesarán que su salvación es un gran milagro de la gracia de Dios. Serán todas las almas que de verdad han **nacido de nuevo** por obra del Espíritu Santo (Juan 3). Serán personas que han sido convertidas por Dios. En su conversión, tienen

tres experiencias: (1) Dolor profundo por su *pecaminosidad*, (2) Gozo profundo por la *salvación* en Jesucristo y (3) *Gratitud* profunda a Dios por su salvación tan grande (*Romanos 7:24-25; Salmo 50:15*).

1. Dolor profundo por su pecaminosidad

Cuando el Espíritu Santo comienza a obrar la salvación en el pecador, no lo hace revelándole a Cristo. Por naturaleza, no hay lugar para Cristo en nuestro corazón. En cambio, enfrenta al pecador con lo trágico de su desdicha y su peligroso estado de pecaminosidad delante de Dios. El Espíritu causa que el pecador sienta:

- Dolor profundo por los innumerables y verdaderos pecados de sus pensamientos, palabras y acciones contra un Dios que todo lo sabe
- Dolor profundo por estar sin Dios, sin Cristo y sin esperanza en este mundo
- Dolor profundo por su terrible pecado original causado por su terrible caída en Adán, siendo enseñado que todo su corazón, no es más que fuente de corrupción
- Dolor profundo, no sólo cuando la carga del pecado se hace demasiado pesada para aguantar, sino también porque le resulta imposible librarse, él mismo, de esta carga
- Dolor profundo al tomar conciencia de que no se puede salvar a sí mismo, pero aun así, de que tiene que ser salvo y por ello clama: “*Señor, tú eres recto y justo para echarme fuera para siempre, pero ¿será posible que haya en ti una manera de escapar de tu castigo divino y volver a contar con tu favor?*”.

¿Has llegado tú también al punto de ser un pecador tan preocupado, desdichado, indigno, culpable y perdido que ya tienes conciencia de que no hay ninguna manera que puedas salvarte a ti mismo?

2. Gozo profundo por la salvación en Jesucristo

Cuando el pecador toma conciencia de que por su parte no tiene más futuro que la condenación, el Espíritu Santo lo capacita para recurrir a Dios como el único refugio. Ese mismo Espíritu bendito, le revelará el camino de la salvación y liberación del trino Dios de una manera indescriptible, a través del sacrificio de la sangre del Señor Jesucristo. En la cruz, Cristo satisfizo las demandas del Padre para salvar al pecador. El Espíritu da al pecador el conocimiento de:

- Su necesidad de Cristo
- Algún aspecto de la obra expiatoria de Cristo en toda su hermosura, plenitud e idoneidad
- Una revelación de Cristo en su alma, a través de la Palabra y el Espíritu, por medio de los cuales aprende cómo Cristo ha obedecido totalmente la Ley y ha cargado con el castigo del pecado, en lugar de los pecadores caídos e indignos
- Una necesidad espiritual que lo conduce a aceptar a Cristo como su Salvador y Señor con un gozo indescriptible

¿Has conocido tú también algo de Cristo como el camino maravilloso de liberación a través del poder del Espíritu Santo al aplicar la Palabra de Dios a tu alma? ¿Te ha dado el anhelo

de conocer más y más a Cristo como tu Todo-en-todo, conocerlo por *experiencia* como el Salvador exclusivo y voluntario que salva hasta lo sumo?

3. *Gratitud profunda a Dios por su salvación*

En último lugar, aquellos que realmente conocen por experiencia el camino de salvación de Dios en Jesucristo, también expresan una gratitud sincera por una salvación tan grande: “¿*Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*” (Salmo 116:12). Anhelan entregar al Señor todo: espíritu, alma y cuerpo para el tiempo y la eternidad, inclinarse ante sus pies en entera sujeción y confesar: “*Sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo*”. Entonces, a pesar de las muchas faltas de nuestra parte, anhelamos vivir ante todo para la gloria de Dios y servir con amor a nuestro prójimo para su bien espiritual y temporal.

Querido lector, examínate a ti mismo.

¿Por cuál camino estás transitando?

¿Vas por el camino ancho avanzando hacia la destrucción eterna o el camino angosto a la vida eterna? En este mundo hay muchos caminos, pero en el mundo espiritual hay sólo dos, y estos nunca se cruzan. Son tan opuestos uno del otro como la oscuridad de la luz, Satanás de Dios, la naturaleza de la gracia y el infierno del cielo. Sólo Dios, en su gracia, puede sacarnos del camino ancho que lleva a la destrucción y ponernos en el camino angosto que conduce a la vida eterna.

Pecador, te ruego que abandones tus prácticas pecaminosas y malvadas. Clama a Dios pidiendo una conversión auténtica por medio de aquel que no sólo dijo: “*Os es necesario nacer de nuevo*” (Juan 3:7), sino que también testificó de sí mismo: “*El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido*” (Lucas 19:10) y “*...Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14:6). Tu alma está perdida y tu condición es espantosa; por lo tanto, ruega al Señor que te muestre esto, para que hagas un lugar dentro de ti para recibir el mensaje de Jesucristo y a éste crucificado.

Permíteme hacerte una advertencia final. En los veintisiete libros del Nuevo Testamento se menciona 234 veces el infierno. Si el camino de la vida fuera veintisiete millas de largo y a lo largo hubiera 234 letreros que dijeran: “*Este camino lleva al infierno*”, ¿seguirías en ese camino? Mientras seas un pecador no arrepentido, no creyente, sin Cristo y centrado en ti mismo, estás en este camino al infierno. El infierno es el final de la vida mundana o religiosa que sigue para siempre sin Cristo.

Este breve mensaje es un letrero más que te manda Dios en tu senda de la vida para advertirte que todos los caminos del hombre terminan en la muerte. “*Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano*” (Isaías 55:6).

¿Cuántos letreros más pondrá Dios en tu camino antes de que se le termine la paciencia y cumpla su Palabra: “*Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*” (Hebreos 9:27)?

Date prisa, pecador, por tu propio bien. El hilo de tu vida aún no se ha acabado, pero te queda cada vez menos. El Señor todavía te sigue llamando: “*Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis... (Ezequiel 33:11)?*”.

La puerta de la gracia sigue abierta. El trono de Cristo no se ha cerrado. ¿Escucharás su voz antes de que sea demasiado tarde? “*Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira*” (Salmos 2:12).

Todos los que han vivido sin Dios en la tierra estarán sin Dios en el infierno. Qué terrible será vivir lo mismo que aquel hombre de quien se narra en *Lucas 16*: En el infierno “*alzó sus ojos, estando en tormentos... dando voces, dijo: ...estoy atormentado en esta llama*”.

Querido amigo, mi deseo es advertirte con amor. Tú y yo no podemos escapar de la muerte. ***Es una cita que cumpliremos***, querámoslo o no.

¿Estás preparado para morir?

